

un tanto cruel. Deja caer la nota humorística con un gesto triste y como al pasar. “Las mujeres lloran o ríen —dice en alguna parte— pero no saben escuchar”.—CEDOMIL GOIC.



“CIUDAD BRUMOSA”, novela por *Daniel Belmar*, Concepción, 1952

En estas mismas páginas nos referimos hace algún tiempo a *Coirón*, excelente novela del escritor penquista Daniel Belmar, autor ahora de una obra novelesca cuyo escenario es Concepción.

Destacamos en aquella ocasión el valor estilístico y temático de la novela que la situaba entre las mejores del pasado año.

*Ciudad brumosa* promete ser tan lograda como aquélla; hace recordar la madura y poética prosa de otros libros de Belmar, difundidos ya ampliamente entre el público lector. Se inicia así:

“Sí.

“Era una gran ciudad. Una ciudad tendida, como una dulce “bestia aletargada, entre la vasta cadena de pinos y la húmeda cintura del río que la estrechaban, alargándola” (pág. 7).

En el fondo, Belmar es un poeta, pero sabe matizar, equilibrar imágenes en prosa virilmente expresada.

Leída *Ciudad brumosa* no podemos suscribir en totalidad los mismos juicios que emitimos sobre *Coirón*. Es cierto que el estilo conserva en mayor o menor cantidad la novedad y el acierto anteriores, pero en un tema metropolitano el autor parece no encontrarse y perderse entre el abigarrado mundo de ciudad y personajes que, vivencialmente, no es el suyo. En *Coirón* había el sereno, definitivo encuentro con un paisaje y unos hombres que el autor había conocido, que algún día formaron parte de su propia vida; es más: de su niñez.

El mundo de ahora le resulta marginal, como impuesto a su propio quehacer. El protagonista, Gastón Luna, un tahir, no es él

en la intensidad que lo era el muchachito de la obra citada. Por lo mismo esta novela, digámoslo de una vez, no agrega nada a la gloria literaria de Belmar, tan bellamente obtenida con *Roble Huacho*, *Oleaje* y *Coirón*, capítulo ya de nuestra literatura.

Ni le quita nada.

*Ciudad brumosa* debió aparecer en 1950, antes que *Coirón* —así lo dice la fecha del pie de imprenta—. Quizá qué dificultades impidieron su aparición entonces. Habría sido mejor anteceder con ésta a aquél; se echa de menos ese aire, esa medida, esa delicadeza impalpable y poética que ahora faltan, a pesar de que el estilo conserva atributos no desdeñables.

Mas el estilo no basta: hace *estilistas*, no *creadores*.

Belmar es un escritor que conoce al público; es gran lector: posee experiencia y madurez necesarias para ser un artista consumado. ¿Cómo puede perdonarse ciertos deslices que ni en sus primeras obras encontramos?

Aun al lector menos experto chocaría, por ejemplo, la acumulación de verbos con pronombre enclítico que aparece en el Capítulo III: limpióse, restrególas, desabrochóse, etc., hasta enterar dieciséis formas entre las páginas 17 y 26.

Son pequeños, minúsculos detalles, si se quiere, pero que el oído no perdona pues atentan contra la eufonía del trozo y llevan al linde de la imperfección.

Si *Ciudad brumosa* no posee rasgos salientes en lo temático, preciso es que destaquemos el lenguaje en el que Belmar se acerca a la maestría:

“... los espejos fatigados de las charcas...”, pág. 85; “Por el rostro menguado cruzó un rápido oleaje de veloces arrugas”, página 146; “Afuera el sol sacudía sus fustas doradas en el aire impregnado de aromas, de errantes fragancias...”, pág. 135, etc., etc.

El lector curioso podrá acumular los ejemplos.

La edición, descuidada tipográficamente.

Belmar es escritor de alta categoría, capaz de superarse. Es-

peramos que su próxima creación esté a la altura de ese inolvidable *Coirón*, o lo supere.—JUAN LOVELUCK.



“TRAGEDIA Y REALIZACIÓN DEL ESPÍRITU”, ensayos filosóficos, por *Enrique Molina*. Editorial Nascimento, Santiago, 1952

Un nuevo y hermoso libro de don Enrique Molina. Y, a la vez que hermoso, útil, noble y mesurado. No obstante su título, y la finalidad que del título se desprende, más parece que *Tragedia y realización del espíritu* hubiese sido escrito para hablarnos del alma: tanto predomina en él, el ético sentido de la vida.

Con claridad, con sencillez (tan raras en la lucubración filosófica), el autor nos muestra en los cuatro ensayos de este volumen, cómo, tras las múltiples especulaciones de la razón y del espíritu —que les añaden ciencia y dolor—, el factor moral interviene en activa y consoladora manera en los problemas generalmente irresolubles del entendimiento; y pasa a constituir en última instancia el único bien verdaderamente positivo alcanzado por el hombre. Es la sabiduría, que se impone a la filosofía. (Recuérdese el caso de Manuel Kant, el de la *Crítica de la Razón práctica*, quien, en su desesperado esfuerzo por desentrañar la verdad, entrega a nuestra fe en Dios, y al sentido en lo moral, la resolución del problema). Y es este sentido, moral por sobre todas las cosas, el que vitaliza el pensamiento de don Enrique Molina. Su figura de maestro se alza recta, humana, ejemplarizadora, ante la vida, como la figura de Marco Aurelio...

El autor de *Tragedia y realización del espíritu* ha hecho aquí una breve suma, más que de la filosofía misma, del espíritu filosófico. Del noble espíritu filosófico del hombre, pleno de esa moral y esencial sabiduría (“sofrosine”), el que no es como el arrogante espíritu del filósofo, que, sobre inciertos cimientos pretende cons-